

LA SEMIÓTICA ENTRE LOS DISCURSOS

Alicia YLLERA
U.N.E.D. Madrid

Cuando los organizadores de este curso -a los que agradezco profundamente esta invitación- me sugirieron el tema de *La semiótica entre los discursos* confieso que, inicialmente, me asustó por su gran amplitud y complejidad. No se trata únicamente de considerar las relaciones entre la semiótica y los diversos discursos literarios sino, en general, con los distintos discursos de las ciencias humanas. Por lo tanto, esta presentación será necesariamente incompleta. Pero, al mismo tiempo que me asustó, el tema me resultó profundamente interesante, ya que era reflexionar sobre las corrientes que han orientado nuestro pensamiento en los últimos decenios.

Se ha considerado como un rasgo característico de nuestra época el auge de la semiótica. Su auge coincide con el de la lingüística, de la que recibe grandes influencias, aunque las influencias podrían considerarse mutuas, ya que ciertas cuestiones, por ejemplo, los aspectos pragmáticos, fueron consideradas mucho antes por los semióticos que por los lingüistas.

La semiótica puede considerarse como un *método* (o mejor un conjunto de métodos) y como un *modo de ver* la realidad. Aunque, en algún momento el método (o los métodos) pueda(n) parecer caduco(s), persistirá la aportación de su modo de ver.

Al considerar las relaciones de la semiótica con los diversos discursos de las ciencias humanas, observamos que su relación con el psicoanálisis, por ejemplo, o con el marxismo varía sensiblemente de una tendencia a otra, por lo que situaremos brevemente, antes de entrar en el tema de esta comunicación, las principales tendencias semióticas.

Diversas semióticas.

Aun a riesgo de simplificar excesivamente, podemos distinguir tres grandes corrientes semióticas: una corriente 'monista', una corriente 'dualista' y una tendencia 'triádica'. Puesto que la corriente 'monista' es posterior a la 'dualista', de la que deriva, comenzaré analizando la tendencia 'dualista'.

La corriente 'dualista' parte de una concepción dual del signo. Es la tendencia más importante en Europa y se reconoce heredera del pensamiento saussureano y hjelmsleviano. Su principal representante sería Greimas y el grupo greimasiano, al que se ha llamado la 'escuela de París'. Estudia no tanto el signo como las redes integradas que le confieren su sentido. ('... c'est "sous" les signes que les choses se passent', dirá Greimas, in Arrivé & Coquet, 1987: 302). Considera al texto literario (como a cualquier otro tipo de texto) como un objeto semiótico, que intenta explicar por medio de un simulacro de su producción, el 'recorrido generativo'.

La tendencia 'monista' partió de las mismas posiciones estructuralistas de la corriente anterior pero, posteriormente, rechazó las dualidades sobre las que se basó el estructuralismo (dualidades saussureanas de 'significante' y 'significado', de 'lengua' y 'habla', etc.), viendo en ellas una nueva formulación del dualismo característico de toda nuestra cultura occidental ('cuerpo'/ 'alma', 'materia'/ 'forma', etc.). El 'signo', en cuanto elemento clave del estudio semiótico, se sustituye por otros conceptos, como son los de 'significancia', el texto como 'productividad' o la 'intertextualidad', etc. Interesa a la semiótica el estudio de la 'significancia' (*signifiance*), es decir del proceso significativo, contrapuesto a la 'significación', concebida como mera relación de presuposición recíproca de las dos caras del signo. Considerar al texto como 'productividad' es ver en él el resultado del entrecruzamiento de los sentidos contenidos en el texto con los que le presta el lector. Finalmente, el análisis de la intertextualidad parte de la noción de que todo texto es absorción y transformación de textos anteriores (Cf. Arrivé, in Coquet, Arrivé, etc., 1982: 139-150). Integran esta tendencia el Barthes de la última época o Kristeva (en quien se observa una influencia creciente del psicoanálisis).

Del mismo modo que Saussure es el precedente moderno de la semiótica 'dualista', su coetáneo Peirce lo sería de la semiótica 'triádica', como lo serían, en la antigüedad, los estoicos. Si para Saussure (1965: 60) la semiótica, para la que acuña el término de 'semiología', es la ciencia de los signos, para Peirce

es el estudio de la 'semiosis', es decir del proceso por el que se comunica. La semiosis es un proceso triádico que requiere la presencia del 'signo' en cuanto *representamen* (en cuanto que representa, está en lugar de algo), su *objeto* (el objeto al que representa) y su *interpretante* (un signo o una clase de signos que traduce otro signo en la mente del que recibe al signo).

Peirce emplea 'signo' como término genérico y, entre otras clasificaciones, divide a los signos en tres grandes tipos: el icono (que presenta una relación de semejanza con su objeto, como en el caso del retrato), el indicio (en el que existe una relación de causa-efecto entre el signo y el objeto, como en la veleta que indica la dirección del viento) y el símbolo (que remite a su objeto a través de una 'ley', de una 'convención', como los 'símbolos' lingüísticos). Añade que un signo determinado puede ser, al mismo tiempo, más o menos indicial, icónico o simbólico: las huellas que Robinson Crusoe descubre en su isla constituyen, en primer lugar, iconos con relación al pie que dejó las huellas; pero son también, en menor medida, indiciales puesto que señalan una presencia humana; finalmente son simbólicas puesto que Robinson no deduce de ellas únicamente la presencia de un pie sino la de un ser humano.

Pero incluso sin tener en cuenta las tres tendencias, entre las que existen confluencias en algunos autores, la semiótica -y especialmente la semiótica literaria- ha evolucionado desde una segmentación inicial del objeto semiótico, análoga a la que realizaba el lingüista estructuralista en el lenguaje, a la consideración del objeto (literario) como un conjunto de códigos que hay que analizar y, finalmente, a la atención al texto y a los condicionamientos de la creación y a la insistencia en el lector y en el proceso de descodificación. Mientras que en el pasado, la semiótica literaria se interesaba únicamente por el objeto literario, la obra, en la actualidad considera que los condicionamientos del lector inciden en su interpretación de la obra, lo que sin duda la acerca a ciertos planteamientos de la sociocrítica.

Los condicionamientos del lector pueden ser muy numerosos. Únicamente aludiremos a lo que podría llamarse los 'condicionamientos culturales' del lector. Por ejemplo, la idea que tiene de lo que es una novela incide en su interpretación. Aunque, sin duda, es cierto que toda gran obra literaria modifica el género en el que se inscribe y aunque se haya podido considerar que no existen los géneros (Croce), no cabe duda de que los géneros existen en cuanto conjuntos de rasgos que determinan la descodificación del lector, aunque muchas de las grandes creaciones literarias intenten, precisamente,

quebrar los moldes genéricos. De hecho, cuando un género cae en descrédito, se camufla a veces empleando otro término para encubrirlo, como ocurre con el 'roman' en la Francia de la segunda mitad del siglo XVII, cuando el género y el término 'roman' caen en descrédito como reacción contra las interminables novelas de la época anterior y se recurre a los términos 'nouvelle' o 'histoire' para designar a la producción novelesca, pero esta 'novela' (dando al término su sentido renacentista o cervantino), ahora en boga, se modifica sensiblemente para admitir numerosos rasgos del 'roman' anterior. Cuando se prohibió importar libros de caballerías a las Indias Occidentales para no dificultar la Evangelización de los indios, se partía de la idea de que los indígenas carecían de una noción cultural de lo que es 'novela' que les permitiese distinguirla de la Historia Sagrada o de la Historia en general.

Otro elemento (sin pretender, por supuesto, agotar el tema) del condicionamiento cultural del lector sería el conocimiento que tiene de la época en la que escribe el autor (lo que suele indicarse en la solapa, etc. de las obras) o del movimiento al que pertenece, lo que incide en la descodificación de ciertos elementos de la obra: por ejemplo, al sospechar que el título puede no reflejar el tópico de la obra, no responder a su contenido, como en 'Les Templiers' de Alphonse Allais¹. Al dar cabida a todas estas cuestiones y a otras análogas, la semiótica prescinde de las concepciones inmanentistas que la caracterizaron en el pasado² para incorporar, aunque desde puntos de vista diferentes, aspectos antes considerados por la sociocrítica, con lo que vemos que la evolución de la semiótica, al menos en algunas de sus tendencias, iría hacia una progresiva atención a los restantes discursos de las ciencias humanas, intentando constituirse en síntesis de todas ellas. No podía ser de otro modo, si tenemos en cuenta que gran número de semióticos consideran como objeto de su disciplina el estudio de los procesos culturales en cuanto procesos de comunicación, es decir todas las prácticas sociales, puesto que en todas ellas existe un intercambio de significación. Todo objeto fabricado por el hombre presenta un doble valor: utilitario e informativo o significativo, interesando este último a la semiótica.

1. Incluido en U. Eco, 1985.

2. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que la dimensión pragmática de la semiótica, es decir el estudio de los signos en relación con sus intérpretes, es decir los aspectos psicológicos, sociológicos, etc. de los signos, está ya presente en la semiótica de Charles Morris pero la primera semiótica literaria europea es esencialmente un estudio de la obra literaria, del mismo modo que el estructuralismo pretendía ser un estudio inmanente de la lengua.

La Semiótica en relación con los restantes discursos literarios.

¿Puede considerarse a la semiótica como un tipo de crítica literaria análogo a la psicocrítica, la sociocrítica, la teoría de la recepción, la mitocrítica, etc.?

A diferencia de estas tendencias, la semiótica considera al objeto literario, no como un producto finito y aislado, sino como un proceso de comunicación dinámico en el que las diferentes instancias del discurso deciden de la estructuración del significado. Toda obra es vista como un conjunto estructurado de códigos: código de la lengua, código prosódico, retórico, psicológico, histórico, estético, filosófico, etc. (Hoek, in *Sémiotique et discours littéraire*, 1986: 12). Además, la pretensión de la semiótica sería la de erigirse en la síntesis y el discurso de todas las ciencias humanas.

No es pues extraño que la semiótica se haya apropiado de conceptos de otras disciplinas, lo que es, sin duda, mucho más evidente en determinadas tendencias: es conocida, por ejemplo, la influencia del psicoanálisis y del marxismo en el pensamiento de Barthes o en el semianálisis de Kristeva. Barthes recordaba, en la lección inaugural de su cátedra en el Colegio de Francia (lección pronunciada en 1977 pero publicada en 1978):

Or la sémiologie, en ce qui me concerne, est partie d'un mouvement proprement passionnel: il m'a semblé (alentour 1954) qu'une science des signes pouvait activer la critique sociale, et que Sartre, Brecht et Saussure pouvaient se rejoindre dans ce projet; il s'agissait en somme de comprendre (ou de décrire) comment une société produit des stéréotypes, c'est-à-dire des combles d'artifice, qu'elle consomme ensuite comme des sens innés, c'est-à-dire des combles de nature. La sémiologie (ma sémiologie du moins) est née d'une intolérance à ce mélange de mauvaise foi et de bonne conscience qui caractérise la moralité générale, et que Brecht a appelé, en s'y attaquant, le Grand Usage. *La langue travaillé par le pouvoir*: tel a été l'objet de cette première sémiologie.

La sémiologie c'est ensuite déplacée, elle s'est colorée différemment, tout en gardant le même objet, politique - car il n'y en a pas d'autre. (Barthes, 1978: 32-33).

Barthes destaca la vinculación de 'su' semiótica con ciertas preocupaciones del marxismo. Unos años después, cuando se interrogó a Greimas -cuyas preocupaciones fueron siempre mucho más estrictamente semióticas y lingüísticas- acerca de la posible influencia del marxismo en su obra, respondió:

Quand il s'agit, par exemple, d'évaluer le rôle du marxisme, on ne peut pas ne pas parler de la période qui a suivi la Libération. Pour nous tous, qu'on soit pour ou contre, c'était un système de référence par rapport auquel on se posait. C'était un cadre épistémologique absolument inévitable. Est-ce que des idées précises de Marx se retrouvent en sémiotique? Peut-être, mais c'est dans le cadre de cette dialectique, disons, épistémique, c'est-à-dire au sein de l'épistémé d'une époque. (Greimas, in Arrivé & Coquet [eds.], 1987: 310-311).

El marxismo, el psicoanálisis y el estructuralismo (del que la semiótica es heredera, aunque muchas de las tendencias actuales se presenten como una superación de esta corriente) son el marco epistemológico en el que se constituyeron las ciencias humanas en general y la semiótica en particular (especialmente la semiótica europea) en los años 50-70. Hoy, cuando este marco epistemológico se ha resquebrajado, es interesante plantear las relaciones entre semiótica y marxismo o psicoanálisis. De este modo, analizaremos sus relaciones con la sociocrítica y el marxismo por un lado y con el psicoanálisis por otro, pero también plantearemos su vinculación con otras disciplinas, consideradas a veces precursoras de la semiótica: la estilística y la retórica.

Semiótica y Estilística

En 1974 defendí que la estilística, la poética y la semiótica literaria -aun siendo tendencias distintas- no eran sino tres fases diferentes de la misma andadura: un intento de analizar con mayor rigor la obra literaria recurriendo a métodos tomados del estudio del lenguaje natural. Hoy matizaría esta opinión sin desecharla totalmente.

Atenderé a la 'estilística literaria' aunque no sin un recuerdo a la 'estilística de la lengua' elaborada por Bally, a quien su fidelidad saussureana llevó a prescindir de los estilos individuales, es decir de la obra literaria, y a analizar los hechos de expresión, desde un punto de vista afectivo, dentro del lenguaje, mejor dicho de una lengua concreta: el francés. Bally es el precedente, no siempre recordado, de numerosos estudios actuales lingüísticos o semióticos, cuando la fenomenología nos ha acostumbrado a considerar la intencionalidad de los hechos lingüísticos: Bally es un claro precedente de la teoría de la enunciación, de los análisis de la manifestación de la subjetividad en el lenguaje, etc.

Ciñéndonos ahora a la estilística literaria, podemos decir que la estilística se inspiró en la filología, en el estructuralismo o en la gramática generativa y transformacional chomskyana, es decir en las tendencias que predominaron en

cada momento en los estudios sobre el lenguaje. Muestra influencias de la filología el círculo hermenéutico de L. Spitzer, que consiste en un primer momento en el que, por medio de la intuición, se captan en la obra uno o varios detalles lingüísticos característicos que le permiten penetrar en ella y lograr su visión totalizadora, y un segundo momento en el que se intenta verificar esta primera hipótesis por medio de datos de diversa índole. Por este procedimiento descubre, tras la invención de palabras de Rabelais, su intento de crear un mundo ideal. Hay también influencias de Freud en Spitzer al buscar, tras los elementos evidentes de la obra, la manifestación de elementos latentes.

En el estructuralismo se basaba el método estilístico de Riffaterre (1971)³, quien atendía a los rasgos estilísticos o 'desvíos' definidos no de forma general sino con relación a su contexto, como también la teoría de los emparejamientos fonéticos de Levin (1962), en la que se vislumbra la influencia fundamental de Jakobson aunque también la de Chomsky. Intentaron igualmente construir una estilística basada en el estructuralismo Dolezel (1964, 1973) o Hernández-Vista (1982), entre otros muchos.

También la gramática generativa y transformacional de Chomsky suscitó muy pronto algunas aplicaciones a la estilística, como los intentos de definir el estilo de un autor según el tipo de transformaciones que más emplea (R. Ohmann, 1964) o el de considerar cada poema como un dialecto diferente cuyas reglas habrá que establecer, ante las dificultades que plantea todo intento de dar cuenta de las agramaticalidades poéticas (J.P. Thome, 1965), etc.

Pero más que insistir en cómo la estilística -del mismo modo que la poética y la semiótica- se ha inspirado en los métodos lingüísticos más en boga en un momento dado, nos interesa destacar ciertos aspectos considerados por la 'vieja' estilística⁴ que hoy interesan a la semiótica literaria. Recordemos, por ejemplo,

3. No deja de ser significativo de una cierta sustitución de la estilística por la semiótica literaria el que, en obras posteriores (Riffaterre, 1978), el autor sustituyese sus puntos de vistas estilísticos por los de la semiótica peirciana.

4. No supone este calificativo de 'vieja' que la estilística haya desaparecido totalmente: ha perdido la importancia que tuvo en el pasado, sufre un eclipse a partir de los años 70, aunque, de vez en cuando, se publica alguna obra que utiliza el término 'estilística' en su título, debido probablemente a la necesidad de analizar la 'forma' textual escasamente considerada por otras corrientes de crítica literaria actual.

el interés de Amado Alonso (1969: 80-81) por cuanto aparece *sugerido* y no *significado*, por lo que es afectivo en el lenguaje literario, aunque se vio la dificultad de deslindar lo afectivo de lo que no lo es: 'Trabajo doy -decía Dámaso Alonso (1981: 482)- a quien quiera delimitar, ante la más sencilla frase, lo que es afectivo y lo que no lo es'. Podría recordarse la noción de 'forma' de Dámaso Alonso, en cuanto relación que une el significante al significado, lo que permite dos vías de análisis, la de la 'forma exterior', que va del significante al significado, y la de la 'forma interior', que recorre el camino inverso, o bien la distinción de 'signo' e 'indicio' o la concepción de la obra como medio de comunicación (A. Alonso). etc. Es interesante destacar la concepción del 'estilo' como un 'sistema combinado de elementos lingüísticos' (Hernández-Vista, 1982) o la del carácter contextual de todo elemento estilístico o la noción de hechos convergentes en poesía, que explica el carácter no-lineal del signo poético frente al carácter lineal del signo no-poético, y también que las convergencias (por ejemplo, el sema de /verticalidad/ en *El Ciprés de Silos* de Gerardo Diego), que son fenómenos de redundancia, añaden al texto un surplús de significación, lo que convierte al texto poético en la forma más económica de comunicación, como diría Lotman⁵: Hernández-Vista (1982: 72), por ejemplo, consideraba a la obra literaria como la 'comunicación de una visión personal de la realidad verificada por medios lingüísticos', la comunicación sería su fin primordial, mientras que la finalidad estética sólo sería un medio para conseguir este fin comunicativo.

El escollo de la estilística fue probablemente el centrarse en la controvertida noción de estilo. Normalmente se entiende por 'estilo' lo que caracteriza (o particulariza) a la manera de expresarse (o de representar el mundo) de una obra, escritor, género, escuela o época. Pero las diferencias surgen al intentar captar lo que caracteriza o particulariza en cada caso. En líneas generales, pueden destacarse dos tendencias principales:

a) Una primera tendencia consideraría al 'estilo' como 'elección individual', a menudo entendida como elección desviante, como 'desvío'⁶: la novedad estilística se apoyaría en extensiones analógicas. Puede considerarse incluso el rasgo estilístico como desviante con respecto a la norma poética (como en la comparación sin comparado de *Galope muerto* de Neruda).

5. 'El arte es el procedimiento más económico y más compacto de almacenamiento y de transmisión de la información' (Lotman, 1978: 36).

6. La noción gozaba de gran tradición pues ya en la retórica tradicional se consideraba a las 'figuras' como 'desvíos' del uso normal del lenguaje.

b) Una segunda tendencia ve el 'estilo' como 'coherencia' o como 'convergencia', como conjunto de elementos lingüísticos que confluyen (convergen) en un mismo sentido y aportan al texto su sobrecarga significativa (Hernández-Vista, 1982). Esta tendencia estaría más cerca de los planteamientos de la semiótica actual.

A pesar de que se inspira, sucesivamente, en las principales tendencias lingüísticas del momento, la estilística- tal vez demasiado apoyada en una concepción del 'estilo' poco elaborada- decae a partir de los años 70, sustituida por la poética y, sobre todo, por la semiótica literaria. Sin embargo, existen en la actualidad diversos intentos para precisar su objeto de estudio y resucitar una nueva estilística, no rival sino complementaria de la semiótica literaria.

Podría asignarse a la estilística el estudio del *mensaje literal*, del que el mensaje literario es sólo una de las formas. Se considera 'mensaje literal' el que está destinado a perdurar, es memorable (se recuerda en sus propios términos), la atención se presta a lo cifrado, implica un cierre y se construye con referencia a un género al que se pliega o rechaza (Lázaro Carreter, 1980: 149-181). Finalmente, la semiótica moderna (Greimas) suele asignar a la estilística el estudio del plano de la manifestación textual, el menos atendido por los semióticos. De este modo, la estilística no sería sino una parcela de la semiótica.

Semiótica y Retórica.

Tras la decadencia de la retórica con el Romanticismo, la estilística heredó el estudio de las viejas 'figuras', de las que durante siglos se había ocupado la retórica. Posteriormente, la retórica renace hacia los años 60, años en los que en Europa se fragua la nueva semiótica y surge la semiótica literaria. Aunque en algún momento se ha afirmado que la retórica tiene, en la actualidad, un interés principalmente histórico para el semiótico (Chatman, in Chatman, Eco, Klinkenberg [eds.], 1979: 103-112), pienso, por el contrario, que la retórica puede interesar al semiótico en su doble vertiente.

En efecto, existe una doble corriente retórica:

a) La retórica como estudio de la argumentación, la retórica que busca analizar los medios para persuadir, convencer y que tuvo su mayor auge en el mundo griego, vinculado al auge de la elocuencia.

b) La retórica entendida como análisis del *ornatus* de la *elocutio*, es decir, como estudio de los medios para 'embellecer' la expresión lingüística de los pensamientos hallados en la *inventio*. Es la retórica que triunfa con la ruina de la elocuencia antigua y que se extiende, a través de los siglos medievales, hasta principios del siglo XIX.

Desde sus más remotos orígenes, el análisis retórico centra su interés en los *efectos del discurso* sobre su auditorio: es esencialmente pragmático, por lo que atiende a un aspecto durante años descuidado por la semiótica más fielmente estructural pero que estaba ya presente en la semiótica de Morris. No es extraño que el interés reciente por la retórica coincida cronológicamente con el desarrollo de disciplinas atentas a formular los distintos tipos de condiciones de aceptabilidad de todo enunciado realizado (es decir, atentas al componente pragmático del hecho lingüístico).

Entendida como estudio de la argumentación, de las técnicas de persuasión, la retórica es considerada disciplina precursora de la semiótica (Eco, 1988: 35, 393-394). La semiótica se aproxima a la vieja retórica cuando insiste en el lector, en el proceso de descodificación.

También, la retórica, en su sentido 'restringido', de estudio meramente del 'ornato', de las 'figuras', puede interesar a la semiótica. En la actualidad se considera que muchas de las viejas figuras no son mero 'ornato' sino la manera de funcionar de la mente humana. La metáfora es, sin duda, una manera de transmitir determinadas visiones poéticas. Es un caso de neutralización semántica (Hernández-Vista, 1982: 446, n. 14), es un caso de superposición de dos elementos entre los que la mente establece una relación de semejanza. Pero este captar analogías entre dos elementos diferentes es también la manera de funcionar de las ciencias. También para el psicoanálisis la metáfora es la única vía de acceso al inconsciente. Y finalmente, la metáfora aparece en numeros sistemas de signos otros que el de la lengua natural, como en el lenguaje del cine, en el lenguaje icónico, etc. Si tomamos otra figura bien conocida de la retórica, la 'eufemización' o 'lítote' (atenuación de una expresión, como al llamar 'prudente' a quien se considera 'cobarde'), vemos que el mitoanálisis de G. Durand ve en la *eufemización* de la muerte inevitable el gran principio del imaginario humano.

Incluso en los detalles más superficiales pueden verse convergencias entre la retórica y la semiótica; así se ha dicho que los intentos de clasificación exhaustiva de las viejas figuras retóricas recordaban a la sistemática peirciana (Kibédi-Varga, in *Sémiotique et discours littéraire*, 1986: 106).

Diversos autores ha intentado integrar a la retórica dentro de la semiótica. Peirce, en 1867⁷, proponía llamar *retórica universal* a la parte de la semiótica que pretende determinar las relaciones entre los signos y sus interpretantes (Peirce, 1987: 139); de este modo analizaría cómo un signo da origen a otro y conservaría de su viejo sentido el ser un estudio del efecto de los signos. Para Greimas y Courtès (1979: 249, 317, 365) la retórica formaría parte de la pragmática semiótica.

De hecho, a pesar de las diferencias que separan a la semiótica de la retórica, ambas han renacido en los mismos años, vinculadas al auge del estructuralismo; ambas surgieron, en el pasado, en el mundo griego, y durante siglos ambas se ocuparon de la comunicación, aunque la retórica atenta sobre todo al adorno, al 'bello lenguaje', y la semiótica vinculada a problemas epistemológicos, a la preocupación por la imposibilidad de conocer el mundo si no es a través de los signos y a la conciencia de que los signos más importantes, los signos lingüísticos, muchas veces nos inducen al error, nos impiden conocer la verdad, nos la ocultan con sus términos equívocos.

Semiótica y Psicoanálisis y/o Psicología.

Aunque nos interesan esencialmente las relaciones de la semiótica con el psicoanálisis, haremos algunas alusiones a las posibles influencias mutuas entre semiótica y psicología.

En primer lugar, sería injusto olvidar que las seis funciones del lenguaje de Jakobson (1963), que tan gran repercusión tendrían en los primeros estudios semióticos europeos, proceden de las tres funciones del lenguaje del psicólogo K. Bühler, *expresión, apelación y representación*, a las que Mukarovsky añadiría la función estética.

En ocasiones, la psicología cognitiva ha podido integrar elementos procedentes de la semiótica, como los modelos formales de análisis del relato utilizados en los estudios sobre inteligencia artificial como hipótesis sobre la competencia narrativa de los lectores⁸.

También en el caso del psicoanálisis, habría que plantear sus relaciones con la semiótica como relaciones de inclusión más que de confrontación. Tal vez

7. En 1908 proponía, en cambio, el término de *signífica*.

8. Véanse, por ejemplo, los modelos recogidos por Ryan (in *Sémiotique et discours littéraire*, 1986: 59-78).

debido a la capacidad integradora de la semiótica y a la influencia que en otros dominios han tenido las tres grandes corrientes del estructuralismo, el marxismo y el psicoanálisis, la lingüística (y, en menor término, la semiótica) han influenciado al psicoanálisis y al marxismo y la semiótica se ha visto influenciada por estas dos corrientes.

Ya Freud proclamaba la existencia de una homología entre el funcionamiento del inconsciente y el de las lenguas más antiguas⁹ y, sobre todo, Lacan utiliza numerosos conceptos lingüísticos. Por otra parte, podemos ver influencias de los análisis semióticos del relato en algunos trabajos psicoanalíticos (por ejemplo, en Gear & Liendo, 1974). Algunas corrientes semióticas han intentado una estrecha colaboración con el psicoanálisis, como el Círculo de Semiótica y Psicoanálisis de Milán.

Las influencias del psicoanálisis sobre la semiótica no son menos importantes, sobre todo en algunos de sus representantes. Ya la influencia de Freud era evidente en la estilística idealista de L. Spitzer, pero es en Kristeva donde se aprecia el paso de una semiótica marcada por el psicoanálisis (el 'semanálisis') al psicoanálisis, evolución que, tal vez, esté vinculada a su deseo de profundizar en la 'significancia' de un texto que, en cada lectura, nos muestra un rostro diferente.

La tentación del psicoanálisis, de la que Kristeva no es sino un ejemplo paradigmático, es una de las grandes tentaciones de la semiótica europea de nuestra época, que se ha desarrollado en un mundo en el que el interés por el signo se acompaña de la desconfianza ante la posibilidad de descifrarlo: no es así extraño que se busque una explicación más veraz más allá de la conciencia engañosa¹⁰.

9. Según Freud, el sueño parece ignorar el 'no' y representa a menudo un elemento mediante su contrario, como piensa que hacen las lenguas más antiguas basándose en un estudio de K. Abel. Sin embargo, Benveniste (1966: 75-87) rechazó el valor probatorio del trabajo de K. Abel y destacó que la homología debería establecerse no entre el sueño y el lenguaje (que sólo expresa lo que es 'expresable') sino entre el sueño y el mito, la poesía o el estilo. Nos interesa destacar no tanto el acierto o desacierto de las teorías freudianas en este aspecto sino su deseo de establecer relaciones entre el sueño y la lengua.

10. Podrían buscarse otras homologías entre psicoanálisis y semiótica -prescindiendo de posturas extremas, como la de Kristeva-. Así, no sería difícil establecer una homología entre la organización actancial de Greimas, estructurada en torno a los ejes del *deseo* (sujeto → objeto) y de la *comunicación* (remitente → objeto → destinatario) y los conceptos fundamentales de *deseo* y del *otro* del psicoanálisis.

Semiótica, Sociocrítica y Marxismo.

También en este caso las influencias han sido mutuas y es interesante comprobar que muchas de las discusiones entre marxistas y formalistas rusos, sobre todo Bajtin, a finales de los años 20, reaparecen -en general, con total independencia- cincuenta años después en Europa Occidental. Como señalaba Greimas, en el texto antes recordado, el marxismo ha sido uno de los grandes marcos del pensamiento de los años 50-70. De hecho, las influencias marxistas son claramente perceptibles en algunas de las primeras formas de la semiótica francesa, como reconocería el mismo Barthes.

Prescindiendo de las influencias del estructuralismo en algunas corrientes críticas marxistas o sociológicas (algunas tan conocidas como el '*estructuralismo genético*' de L. Goldmann), recordaremos algunas 'apropiaciones' que la semiótica ha hecho de conceptos sociológicos (no necesariamente marxistas), así como la importancia creciente de la corriente sociosemiótica.

No hay que olvidar que cuando Saussure (1965: 60) postulaba la futura semiótica, a la que él daba el nombre de 'semiología' (como se indicó anteriormente), la concebía como una ciencia que estudiaría '*la vida de los signos en el seno de la vida social.*' Por otra parte, la semiótica ha recibido la influencia de las corrientes lingüísticas de los últimos años en las que juega un papel primordial la sociolingüística y ciertos principios sociolingüísticos, que han llevado a considerar a la enunciación no como un acto individual sino como un acto social.

La semiótica general, y por lo tanto también la semiótica literaria, ha integrado ciertos conceptos sociosemióticos, como la noción de 'ideología' o la influencia de la estructura axiológica de un texto sobre su estructura actancial (Greimas).

Se entiende, en general, por 'ideología' la estructura discursiva propia a un grupo social dominante que se presenta, no como algo peculiar a un grupo, sino como algo natural. La teoría semiótica integra la noción de ideología por medio de la noción de 'intertextualidad'. Se han estudiado cómo diversas obras literarias integran discursos ideológicos, como *Los Indiferentes* de Alberto Moravia, donde la indiferencia del personaje revela la contingencia de la pertinencia ideológica tenida por algunos por 'certeza', tema que reaparece en *El Extranjero* de Camus, donde la indiferencia del protagonista, Meursault,

que lo convierte en un no-sujeto, carente de programa narrativo, lo hace aparecer culpable a los ojos de una sociedad celosa de preservar sus 'verdades y certidumbres' (Zima, in *Sémiotique et discours littéraire*, 1986: 21-34).

Por otra parte, la estructura actancial de un texto está condicionada por su estructura axiológica, es decir por los valores que orientan el comportamiento de sus personajes. Con ello volvemos al viejo tema del 'punto de vista' en el relato, por ejemplo. En ocasiones, dos textos pueden presentar una misma trama pero diferir sensiblemente en su estructura actancial, según la organización axiológica de la obra. 'El Carpintero engañado por su mujer', relato del *Calila et Dimna* y el 'Encuentro espiado' del Tristán de Béroul presentan una misma serie narrativa: engaño-descubrimiento-prueba-descubrimiento-engaño, pero el engaño que sufre el marido está visto con ojos moralizantes, con consideración desfavorable para los amantes, en el viejo cuento de origen oriental, y con mirada favorable al amor en la novela francesa. Este ejemplo, muy elemental, muestra la importancia de la organización axiológica de un texto incluso a nivel narrativo.

A pesar de ciertas confluencias entre sociosemiótica y sociocrítica, ambas parten de perspectivas distintas que no hay que olvidar. La sociocrítica se interesa por las relaciones entre el texto y la sociedad y busca cómo se manifiesta en los textos la 'ideología' de ciertos grupos. Por el contrario, lo que interesa a la sociosemiótica no es cómo se plasman en estos textos los intereses de determinados grupos sino, sencillamente, las prácticas significantes que estos grupos producen.

Conclusión.

Es imposible desarrollar detenidamente, en este corto espacio, las relaciones entre la semiótica y los diversos discursos. Únicamente he apuntado ciertas convergencias de la semiótica con otras tendencias que podrían considerarse precursoras -la estilística y la retórica- y de las que probablemente tengamos todavía mucho que aprender.

Por otra parte, se ha aludido a la influencia del estructuralismo -del que parte la semiótica europea contemporánea- sobre el psicoanálisis y la crítica psicoanalítica o marxista. Por su parte, la semiótica se ha visto marcada, en mayor o menor medida según las tendencias y los autores, por estas dos

tendencias, el psicoanálisis y el marxismo, que tan gran impacto han tenido en las ciencias humanas de nuestro siglo (junto con el estructuralismo) y, por supuesto, en la teoría de la literatura. Durante los años 50-70 el psicoanálisis y el marxismo han sido -tal es, al menos, mi tesis- las dos tentaciones mayores de una semiótica que, no contenta con describir el significado evidente de los signos, buscaba su significado oculto en el psicoanálisis, y que no se conformaba con analizar los signos de nuestra sociedad sino que aspiraba a criticarlos.

La semiótica literaria, la psicocrítica¹¹ y la sociocrítica constituyen las aplicaciones al estudio de la literatura de las tres corrientes que mayor influencia han tenido en los años 60 y 70 en las ciencias humanas (el estructuralismo, el psicoanálisis y el marxismo). Probablemente, las tres corrientes se vean desfasadas en los nuevos años 90. Sin embargo, además de los modelos de análisis que -limitándonos al tema que nos interesa- la semiótica ha proporcionado, tanto al estudio de la poesía, como al análisis del teatro y particularmente al del relato, creo que ha aportado una nueva consideración de la cultura y de la literatura como proceso signifiante, que dista mucho de ser caduca, incluso después de la superación (más que desaparición) del estructuralismo a partir del cual se desarrolló. Las pretensiones de la semiótica fueron tal vez excesivas, algunas de sus declaraciones de cientifismo hoy nos hacen sonreír pero, fuera de dogmas estrechos, su aportación sigue siendo positiva.

Esta presentación es, sin duda, parcial, porque el tiempo es escaso y mis limitaciones grandes, pero reflexionar sobre la semiótica (y en particular sobre la semiótica literaria) en relación con los diversos discursos literarios o de las ciencias humanas es no sólo hacer historia de la crítica sino replantearse - que siempre es útil- lo que han sido nuestros grandes modelos de pensamiento de estos años.

11. Por falta de espacio, sólo he atendido a la corriente 'psicocrítica', a la tendencia literaria influenciada por el psicoanálisis freudiano. Señalaré, sin embargo, la existencia de otra corriente, cuyas relaciones con la semiótica no podré desarrollar, la tendencia arquetípica, de origen jungiano, que, a través de la filosofía de lo imaginario de G. Bachelard, da lugar a la 'mitocrítica' de G. Durand. Intenta explicar el placer que produce la lectura de las grandes obras literarias por el reflejo que éstas contienen de los grandes mitos de la humanidad. Las estructuras míticas de toda gran obra literaria remiten a símbolos eternos, comunes a todos los hombres, por lo que podemos decir que la obra literaria (signo literario) remite a estos símbolos que desempeñan el papel de los 'interpretantes' de la teoría peirciana.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

- Alonso, A. (1969), *Materia y forma en poesía*. 3.ª ed. Madrid, Gredos.
- Alonso, D. (1981), *Poesía española. Ensayo de métodos y límites literarios*. 8.ª ed. Madrid, Gredos.
- Arrivé, M. & Coquet, J.-Cl. (eds.) (1987), *Sémiotique en jeu. A partir et autour de l'oeuvre de Greimas*. Paris - Amsterdam, Editions Hadès - Benjamins.
- Barthes, R. (1978), *Leçon inaugurale de la chaire de sémiologie littéraire du Collège de France*. Paris, Le Seuil.
- Benveniste, E. (1966), *Problèmes de linguistique générale*. Paris, Gallimard. (Trad. esp. 4.ª ed. México, Siglo XXI, 1974).
- Coquet, J.-Cl., Arrivé, M., etc. (1982), *Sémiotique. Ecole de Paris*. Paris, Hachette.
- Chatman, S., Eco, U. & Klinkenberg, J.-M. (eds.) (1979), *A Semiotic Landscape. Proceedings of the First Congress of the International Association for Semiotic Studies*. Milan, June, 1974. La Haya, Mouton.
- Dolezel, L. (1964), 'Vers la stylistique structurale', *Trav.ling. de Prague* 1, pp. 257-266.
- (1973), *Narrative Modes in Czech Literature*. Univ. of Toronto Press.
- Eco, U. (1985), *Lector in Fabula ou la Coopération interprétative des textes narratifs*. Paris, Grasset. (1.ª ed. ital., 1979).
- (1988), *Tratado de semiótica general*. Trad. esp., 4.ª ed. Barcelona, Lumen. (1.ª ed. ital. 1976).
- Gear, M. C. & Liendo, E.C. (1974), *Sémiologie. Psychanalyse*. Trad. fr. Paris, Minuit.
- Greimas, A. J. & Courtès, J. (1979), *Sémiotique. Dictionnaire raisonné de la théorie du langage*. Paris, Hachette. (Trad. esp. Madrid, Gredos, 1982).
- Hernández-Vista, E. (1982), *Principios y estudios de estilística estructural aplicados al latín y español*. Ed. de J. González Vázquez. Univ. de Granada.
- Jakobson, R. (1963), *Essais de linguistique générale*. Trad. fr. Paris, Minuit. (Trad. esp. Barcelona, Ariel, 1980).
- Lázaro Carreter, F. (1980), *Estudios de lingüística*. Barcelona, Crítica.
- Levin, S. R. (1962), *Linguistic Structures in Poetry*. La Haya, Mouton. (Trad. esp. Madrid, Cátedra, 1974).
- Lotman, Y. M. (1978), *Estructura del texto artístico*. Trad. esp. Madrid, Istmo. (1.ª ed. original, 1970).
- Ohmann, R. (1964), 'Generative Grammar and the Concept of Literary Style', *Word* 20, pp. 423-439.
- Peirce, Ch. S. (1987), *Obra lógico-semiótica*. Trad. esp. Madrid, Taurus.
- Riffaterre, M. (1971), *Essais de stylistique structurale*. Paris, Flammarion. (Trad. esp. Barcelona, Seix Barral, 1976).
- (1978), *Semiotics of Poetry*. Bloomington, Ind., Londres, Indiana Univ. Press. (Trad. fr. Paris, Le Seuil, 1978).
- Saussure, F. de (1965), *Curso de lingüística general*. Trad. esp. 5.ª ed. Buenos Aires, Losada.
- Sémiotique et discours littéraire, Revue des Sciences humaines* 201 (1986).

- Thorne, J. P. (1965), 'Stylistics and Generative Grammar', *Journal of Linguistics* 1, pp. 49-95.
- (1969), 'Poetry, Stylistics and Imaginary Grammars', *Journal of Linguistics* 5, pp. 147-150.
- (1970), 'Generative Grammar and Stylistics Analysis', *New Horizons in Linguistics*, J. Lyons (ed.). Harmondsworth, Penguin Books, pp. 185-197.
- Yllera, A. (1974), *Estilística, poética y semiótica literaria*. Madrid, Alianza Ed. (3. ed. 1986).